

MARINAS, José-Miguel: *La ética del don y la comunidad política*, Escolar y Mayo, Madrid, 2018, 217p.

Como explica en la “Introducción. Reformulando un problema” (pp. 7-10), José-Miguel Marinas retoma, en este nuevo libro, con extensión y profundidad, un núcleo temático explorado, y desarrollado, en otros dos anteriores: *La fábula del bazar. Orígenes de la cultura del consumo* (Antonio Machado, Madrid, 2001) y *El síntoma comunitario. Entre polis y mercado* (Antonio Machado, Madrid, 2006). En aquellos dos textos, la temática tenía ya un desarrollo notable, mas no como ahora, en esta nueva entrega, que constituye la exploración central y es abordada de manera concertada, ligando lo sociológico (el análisis y crítica de la cultura del consumo) con lo político (la indagación y renovación del nexo social), a través de la ética. Que es de lo que, en primer lugar y en última instancia, se trata: la ética del don. O sea, del entramado interpersonal, surgido y agente en el dar, recibir y corresponder, que tiene, *ab initio* y *ad finem*, una dimensión, o sea, un volumen y una finalidad, social. Es, como recuerda el autor, un hecho social total.

El propio Marinas, en la introducción, ofrece una apretada síntesis (pp. 9-10) de lo que va a ser su reflexión acerca de la ética del don y la comunidad política. Los pasos propuestos, abordados en sendos capítulos, son los siguientes: 1) Leer de otro modo, ético y político, el legado de Mauss; 2) A partir del gasto y el despilfarro, pensar el don junto al mercado; 3) considerar la ética del don como fundamento de lo político, mostrando una base no economicista de la sociedad política; 4) ir más allá del organicismo y subrayar el carácter construido, de fundación y no solo de pertenencia, de la comunidad; 5) mostrar, en la forma fetiche de lo sagrado, la sumisión al régimen del don de lo aparentemente distanciado e inalcanzable; 6)

---

Recibido: 24/05/2019. Aceptado: 03/06/2019.

con el tiempo del don y el tiempo de la polis, pensar la comunidad desde Arendt; 7) proseguir, con Arendt, esa indagación, mas incluyendo la ética; 8) reflexionar, con el telón de fondo del mercado frente al don, sobre la ciudad abierta y sus enemigos; y 9) entroncar con la reflexión metafísica, o más metafísica sin dejar de ser ética y política, afrontando las paradojas del regalo envenenado y la querencia por lo que a uno mismo daña. Sin duda, este programa habla por sí mismo, pero cabría iluminarlo un poco, con unas breves anotaciones a cada uno de esos nueve capítulos.

El título del capítulo I, “De la lógica del don a la ética del don” (pp. 11-33), ilustra el desplazamiento de la “lógica”, o sea, de la razón económica, del número, la cantidad y la cuantificación, a la “ética”, es decir, a otra razón, moral, de la palabra, la cualidad y la calificación. En concreto, Marinas realiza un rescate de Mauss para la ética y la política, contemporáneas (de él y de nosotros), mostrando estas dimensiones y componentes en sus trabajos antropológicos y sociológicos (potlatch, koola, consumo conspicuo.). Esta reflexión lleva a colocar el don en la raíz de la sociedad, en la constitución del vínculo, pero no en un sentido arqueológico o histórico, en un otrora de lo primitivo y lo primordial, sino en el ahora mismo de la sociedad del mercado y el consumo. Y exige un despliegue conceptual del don: dar, recibir, devolver, apartar o separar. Este último gesto, la separación de lo profano (lo normal, lo fundado) y lo sagrado (lo anómalo, lo fundante) es menos fácil de advertir, como tampoco es frecuente reparar en el valor basilar del recibir. Pero, el don, ¿persiste, tiene cabida, en la sociedad contemporánea? Marinas presenta cuatro formas de relación entre don y mercado: predominio de este, hasta reducir aquel: panemporismo; lo contrario, predominio del don, matriz y meollo del mercado: pandorismo; la coexistencia entre don y mercado; y, finalmente, la excepción, que sitúa el don en lo sagrado. Esta última posición aparece como complementaria del predominio, la dominación absoluta, del mercado.

Después de Mauss, Bataille sirve como conductor en el capítulo 2, “En el principio era el despilfarro” (pp. 35-58), con sus aportaciones para entender la economía y la sociedad de entre-guerras: la confrontación entre gasto (derroche, despilfarro) y utilidad, la ligazón entre la experiencia interior y los traumatismos bélicos y los simulacros políticos. A lo que Bataille permite entender y criticar, Marinas agrega su novedoso (y de tanta influencia posterior y actual) pensamiento de la comunidad, que nuestro autor adjetiva de abierta: aquella que fundan los afines, las personas que comparten trayectos y perspectivas, aligeradas, si no completamente desprovistas, de pertenencias.

“La ética del don, fundamento de la polis” (pp. 59-79), el capítulo 3, contiene un análisis y una propuesta críticos de la actual interconexión del mercado y el estado sustanciada en el fenómeno del consumo y el vaciamiento de lo político. Lo que está en el origen, y en el horizonte, es la institución del vínculo (personal y social) a través de la circulación de los dones y, con ello, la constitución de los sujetos, en la dialéctica de dar, recibir y devolver, a partir de su carencia y manquedad. Marx y Freud aportan claves para entender la mercancía como fetiche y, prosiguiendo su estela, con Benjamin, el consumo como hechizo. Este, podríamos decir, adquiere condición total deviniendo simulacro: primero, imitación de lo real; después, sustitución de la realidad. Durkheim y Mauss permiten redescubrir, como reverso e impensado en la cultura del consumo, lo sagrado. De ahí, la violencia de este tiempo-espacio del instante (Nietzsche) y la moda (Simmel), que expulsa y condena al ostracismo todo cuanto no se ajusta a sus parámetros. Esta configuración, en nuestra actualidad, no es solo la del consumo sino también la de la política, al tomar esta la hechura del mercado. Con todo, subraya Marinas, es posible revertir esta situación, salir de la alienación, explorando y expandiendo comunitariamente, no solo las promesas, sino los rasgos éticos y políticos ínsitos en el nexo social labrado por y con los dones.

Precisamente, de la comunidad trata el capítulo 4, “La comunidad más allá del organicismo” (pp. 81-98), dialogando Marinas, en sus planteamientos, con pensadores contemporáneos de la comunidad como Esposito y Nancy (y sus antecedentes, Blanchot y Bataille). Antes, regresando a Durkheim y Mauss, desmonta la concepción organicista (y posteriormente, sistémica) de la sociedad, que la entiende como un todo funcional integrado en progresión, que coloca enfrente, y del otro lado, al individuo. Con Durkheim, lector de Tönnies, Marinas muestra que la comunidad no es el antecedente histórico, y superado, de la sociedad, sino que ambas coexisten en tensión, y que es el ámbito comunitario, en la relación intersubjetiva, donde se establece el lazo social. Y ese tejido es además fundante: un proyecto constituido por afinidades. Afinidades, referencias a fines, que surgen por las disposiciones de los sujetos en la circulación de los dones. Esta ética (y no la propiedad y el contrato) es lo fundador y fundante, también de la política. De ahí, también su valor alternativo, ante la reducción de la política (de sus sujetos, tiempos y espacios) operada por el estado del mercado y la cultura del consumo.

En “La forma fetiche de lo sagrado” (pp. 99-120), el capítulo 5, Marinas vuelve, con Durkheim (y este con Tönnies), sobre la caracterización de la comunidad y la exploración de lo comunitario, mas, ahora, este retorno al origen, a la trabazón del vínculo, tiene por objeto mostrar una partición

medular en el acto fundante y la acción fundada, una partición que parece desaparecida, y no lo está, en la sociedad occidental contemporánea: lo sagrado y lo profano. Podríamos denominar, y definir, estas categorías con los nombres de lo normal y lo patológico o, quizá mejor, lo excluido, i.e., aquello que se aparta, que se retiene, que se guarda, como fuente del poder. Con ello, entreverado, va también lo excluido negativo, lo patológico: lo que se margina y se reprime, pero que surge y resurge amenazando lo normal, rompiendo la normalidad. De ahí, la necesidad de conjurarlo. Además de creencias, cosas y ceremonias, un elemento fundamental en esta partición es el fetiche, principio de comunicación con lo sagrado y de participación en lo sagrado. Topamos, de la mano de Marx, Freud y Mauss, con el hechizo de la mercancía. El valor independiente del sujeto que esta adquiere, más allá de su uso, por el intercambio mercantil (el valor de cambio). Y la inversión que, al consumirla, atribuye el consumidor a la mercancía: un valor más allá del uso y el cambio. Hoy, en nuestros pagos, al fetiche (la metonimia), señala Marinas, se ha añadido el simulacro (la metáfora), que la ética, y lo político, de los dones permite desmontar y contestar.

Los capítulos 6 y 7 versan ambos sobre Hannah Arendt: “El tiempo del don y el tiempo de la polis” (pp. 121-136) y “La comunidad, lo intermedio, lo político: la mirada arendtiana” (pp. 137-157). En ambos, Marinas contempla el pensamiento de Arendt, siguiendo la lectura de Forti, con las referencias tutelares de Szankay y Benjamin, acompañándolo de Kant, Castoriadis, Lefort y Esposito, sobre todo. En el capítulo 6, expone, en divergencia con Heidegger, algunos puntos fuertes de la obra de Arendt: redescubrir lo político y tomar la política como objeto de pensamiento (y no de filosofía), considerar el ser humano como inicio (recordando a San Agustín: “initium ut esset, creatus est homo”), abordar la política volviendo la mirada a la praxis. En el capítulo 7, Marinas subraya, en la concepción arendtiana de la política, la ruptura con la naturalidad y con universalidad abstracta: de dos maneras, el sujeto está por hacerse, porque es plural y porque ha de vivir. A ello sigue un planteamiento de la política como actividad pivotante en la deliberación, en la formación de un juicio a partir de un sentido común (el de una comunidad haciéndose) y con una norma indeterminada (determinable, mas no fija).

En “La ciudad abierta y sus enemigos” (pp. 159-180), el capítulo 8, tras recoger una puntualización de Strauss a Popper acerca de la ciudad de Platón, exactamente acerca del olvido de Platón del sujeto del deseo en el diseño de la República, Marinas aborda la cuestión de la sociedad, en concreto la ciudad, abierta y cerrada, recorriendo: 1) los tipos de ciudades de

la modernidad; 2) las dimensiones no conscientes de las ciudades; y 3) las ciudades abiertas y las ciudades cerradas. En su opinión, tres son los tipos de ciudades existentes en nuestro mundo: la del linaje, o barroca, que viene de anteayer; la del trabajo, de ayer mismo; la del consumo, la de un hoy que se dilata. En cada una de ellas señala cómo es: lo urbano, el mercado, el espacio, el tiempo y la retórica. Mencionemos apenas estas tres últimas dimensiones. El espacio: plaza y templo (linaje); fábrica y tren (trabajo); pasaje y exposición (consumo). El tiempo: la era (linaje), el porvenir (trabajo), el instante (consumo). La retórica: el emblema (linaje), el espejo (trabajo), la alegoría (consumo). Esta última, la retórica, con la analítica y la hermenéutica de todas las dimensiones señaladas, lleva a la indagación de las dimensiones no conscientes, fundamentalmente de la mano de Benjamin, y siguiéndolo, recordando a Baudelaire y su paseante ciudadano y, antes, a Poe y su hombre de la multitud. París tiene el protagonismo que, después al versar sobre las ciudades abiertas y cerradas, comparte con Tijuana, Madrid, Quito, Barcelona, Santiago de Chile, México,... León. Marinas presta atención a lo urbano, los espacios,... a lo inconsciente, lo imaginario y la fantasmagoría. Y, en resumen, hay abertura cuando hay polis.

Por último, en el capítulo 9, “Querer lo que nos daña” (pp. 181-202), prosigue el diálogo, una tónica de este libro, acerca de algunos aspectos subrayados por algunos intérpretes del don: la gratuidad, el sacrificio, el economicismo. El debate es, sobre todo, con Derrida, ahí retornan los aportes matriciales de Mauss y Benveniste, y con algunas posiciones ejemplares concretas, de Peñalver, de Penchaszadeth, de Marion. Concluyendo, Marinas trata del regalo envenenado, no siempre inadvertido como el Caballo de Troya, sino muchas veces percibido, lo que conecta con la última temática: el paradójico querer lo que nos daña.

En resumidas cuentas, poniendo a la vista la ética del don, Marinas nos propone realizar un desplazamiento, siquiera teórico y deseablemente también práctico: de la sociedad, a la intersubjetividad; del contrato, al vínculo; del individuo, al sujeto; del intercambio, a la circulación; de la mercancía, al bien; y de ahí en adelante. De la ética del don, de esa moral, quizá poco reflexiva, labrada entorno al dar-recibir-devolver-apartar, que incluye valores, criterios, hábitos, formas y normas, porque subsiste en la sociedad (no apenas la economía) del mercado, cabe sacar también lecciones políticas de corte hermenéutico, para entender y criticar, y de tenor pragmático, para bordear y enfrentar, en fin, para desmitificar y desactivar el actual, y local, modo de vivir.

Luís G. Soto